

Las tazas de la abuela

Mariel Estevez

LAS TAZAS DE LA ABUELA



MARIEL ESTÉVEZ

Capítulo 1

Las Tazas de la Abuela

En medio de una reunión de trabajo, Julia recibió una llamada telefónica del abogado de la familia, quien le informó en pocas palabras, con un tono monótono y frío, que su abuela había fallecido recientemente, resultando ella la única heredera de la casa de campo que sus abuelos tenían en la provincia de Córdoba. Hacía ya diez años que su abuelo había fallecido.

La lectura oficial del testamento, para la cual se requería su presencia, se realizaría el día siguiente. Por más que intentó negociar con el abogado, argumentando que tenía compromisos laborales imposibles de postergar, no pudo evadir la responsabilidad de asistir, por lo que preparó una mochila con una muda de ropa, el celular, la computadora portátil para ponerse al día con el trabajo durante el viaje, y se dispuso a viajar a Córdoba.

"¿Justo esa casona vieja y decrepita tenía que dejarme? Al menos, espero encontrar alguna joya de oro, o algo de valor", se quejó con un resoplo. *"Hoy mismo viajo a Córdoba, busco una inmobiliaria para poner la casa en venta, mañana firmo los papeles con el abogado, y para la cena ya estoy de vuelta",* planeó en voz alta con desgano, convencida de que aquel contratiempo no interferiría con su ocupada vida.

Aunque de niña Julia había pasado incontables veranos y vacaciones de invierno en la casona de sus abuelos, las visitas habían comenzado a espaciarse cuando sus padres se divorciaron, hasta que, sin darse cuenta, un día cesaron por completo.

Su abuela, dueña de unos profundos ojos azules y cabello tan rubio que parecía blanco, se había criado en el campo con sus papás y ocho hermanos, en una colonia húngara, rodeada de una variada colección de compatriotas exiliados. Según el documento de identidad, su nombre era Elizabeta, pero ella nunca lo había sentido como propio, ya que su papá contaba que entre su escaso conocimiento del castellano, y la poca paciencia del empleado del registro civil del pueblo, no había sabido explicar que quería llamarla Elizabet, la traducción al castellano del nombre húngaro *Erzsébet*.

'Eli', como Julia la llamaba, tenía ciertas costumbres típicas de los europeos; entre ellas, ser una acérrima bebedora de té. Sus alacenas estaban repletas de tazas de todos los tamaños: grandes, chicas, medianas, de boca ancha, de colores lisos o con dibujos, y Julia sabía bien que cuando Eli le preguntaba *"¿Querés tomar un té?"*, esbozando una sonrisa, no significaba una sola taza de té con leche, sino una seguidilla obligada de dos o tres, acompañada de pastelitos caseros con un trocito

de dulce de membrillo en el centro, o tostadas de pan con manteca y dulce de rosa mosqueta.

Con aquellos pastelitos, Elizabet intentaba sobornar a Julia para enseñarle a hablar en húngaro, por lo que cada delicioso bocado debía contarse en aquella extraña lengua: uno, *egy*, dos, *kettő*, tres, *három*. Cada día debía comenzar y terminar con un beso y su correspondiente saludo: buenos días, *jó reggelt*, buenas noches, *jó éjt*, y un 'te quiero', *szeretlek*. Le entristecía que el idioma de sus padres se perdiera con su generación.

Quedarse a dormir en la casa de la abuela era una experiencia única. Rigurosamente, después de cenar, llegaba el momento de tomar los naipes del cajón del aparador, junto a la máquina de coser, un lápiz, una hoja de papel para tomar nota del puntaje (no importaba que ya estuviese escrita; bastaba con que tuviese un poco de espacio en blanco), y debatirse en una interminable partida de chinchón hasta entrada la madrugada. La mesa del comedor se convertía en un campo de batalla. Allí, por algunas horas, se acababa el amor abuela-nieta; el chinchón se jugaba con uñas y dientes. No había manera de ganarle a la abuela en ningún juego de naipes. Sin embargo, a Julia no le importaba perder 118 a -40; simplemente disfrutaba de pasar tiempo con ella y escucharla contar la historia de su familia, de cómo sus padres habían viajado por tierra desde Hungría hasta Holanda a causa de la guerra, desde allí en barco hasta Brasil y por último, a la provincia de Córdoba en Argentina, donde ella había nacido.

En cada visita, la casa la recibía con nuevos rincones que la invitaban a investigar, a revolver placares y cajones de ropa que no habían visto la luz del sol en incontables años, a husmear entre cartas de amor de cuando el abuelo era 'Juan', y no 'Don Juan', o 'el abuelo', y a disfrutar del permiso de usar una vieja máquina de escribir cuyas teclas estaban tan gastadas ya como los dedos que un día habían dejado de tipear en ella. Hurgar en los pequeños cajones de la máquina de coser abría un portal a un mundo mágico con olor a hilo y tela. Allí podía encontrar todo tipo de objetos interesantes: la cinta métrica flexible que se guardaba haciéndola un rollito, trocitos de tiza que la abuela usaba para marcar las prendas que luego debía cortar y coser, infinidad de alfileres con cabezas de colores, bobinas de hilo de todos los colores, varios dedales de metal que Julia ponía en sus dedos y jugaba a que era un robot, una gran variedad de botones de diferentes tamaños y colores, algunos grandes y dorados –Julia siempre se preguntaba a qué prenda podrían haber pertenecido, y por qué nunca los habían vuelto a coser.

A la hora de dormir, la abuela Eli la arropaba bajo capas y capas de mantas, ya que nunca dejaba encendida la calefacción durante la noche. "¿Puedo venir a vivir con vos en esta casa, abu?", preguntaba Julia, cubierta de mantas hasta la nariz. "Algún día, mi amor", respondía Eli,

dándole un beso en la frente.

Los almuerzos de los domingos en casa de la abuela eran banquetes dignos de los dioses. Apenas cruzar el umbral de la puerta de entrada ya podía sentirse el aroma a tallarines caseros con salsa de tomate y carne en estofado –y no podía faltar el pan para pasar por el plato con salsa y dejarlo 'como limpio'.

Ya en la provincia de Córdoba, Julia bajó del autobús en la entrada del pueblo, y se acercó a unos campesinos que muy amablemente le indicaron en qué dirección ir. En el kilómetro y medio de camino de tierra que la separaba de la casa de sus abuelos, una profunda angustia le inundó el pecho; allí tomó dimensión del tiempo transcurrido, de cuántos años hacía que no iba de visita. Caminó en silencio bajo el sol del mediodía. De a tramos, varios perros amigables abandonaban sus puestos de guardianes y se acercaban a olfatearla y a hacerle compañía por algunos metros. Luego de una distancia prudencial, volvían a echarse frente a sus tranqueras.

Finalmente, un sendero silencioso, cubierto por las copas de los árboles que comenzaban a cambiar con los colores del otoño, la guio hasta una pequeña tranquera abierta y desvencijada; el colchón de hojas secas bajo sus pies crujía. Más allá, la hamaca que el abuelo había colgado del nogal se mecía suavemente por la brisa. De repente, los recuerdos de su infancia la abrumaron por completo, estrujándole el corazón. Cincuenta metros más adelante, la casona asomó de entre los árboles de copas amarillentas, expectante; el aire fresco llenó sus pulmones y le dio coraje para seguir avanzando.

Como siempre, la llave de la puerta principal se encontraba debajo de la alfombrita de bienvenida, que tenía las esquinas desgastadas por el paso del tiempo. Al abrirla, la pesada puerta de madera rechinó, polvoriento, recriminándole su larga ausencia. En cada habitación, bajo sus pies, los pisos de madera reseca crujían, dándole la bienvenida. Sus pasos ya no eran livianos y alegres como cuando era niña; con el tiempo, se habían vuelto lentos y apesadumbrados –el resultado de una vida dedicada únicamente a su carrera y al trabajo, sin tiempo para amigos, familia, o un amor.

Observar el jardín a través del ventanal del living, con sus vidrios opacos por el polvo, la transportó por unos instantes al pasado. Julia solía apoyar su naricita en el vidrio y observar al abuelo hacer las tareas de jardinería, esperando hasta que le dieran permiso para salir. *"No olvides ponerte un abrigo si vas a salir a ayudar al abuelo a podar los rosales. Está fresco afuera. Ah, y traeme dos rosas, las más lindas que encuentres, así las ponemos en el florero del comedor"*, le recordaba Elizabet con una sonrisa y esa particular tonada cordobesa que tanta gracia le daba a Julia. Ahora, los rosales necesitaban atención y cuidado, pero estaban tan bellos como

siempre.

La cocina era tal cual la recordaba de niña, aunque quizá un poco más pequeña, a sus ojos de adulta. Allí, Julia ayudaba a su abuela a cocinar los pastelitos con dulce de membrillo que tanto le gustaban –siempre que podía, tomaba a escondidas un trocito de dulce del plato sobre la mesada, y lo saboreaba como a un manjar, sin mover los labios, intentando que nadie se diera cuenta de su transgresión. En la alacena superior, las tazas de la abuela esperaban, silenciosas, su regreso; las grandes, las chicas, las de colores lisos, las que tenían dibujos, todas, incluso a las que se le había roto el asa, pero Elizabet se rehusaba a tirar, argumentando que las asas podían pegarse, porque todo tenía arreglo.

Todo allí le recordó a sus abuelos, al tiempo compartido, al cariño recibido en esa casa, y a cuán especial la habían hecho sentir, siempre. Le invadió una profunda pena por haber abandonado a su abuela durante tantos años, por haberla privado de su compañía, por no haberle permitido que le preparase interminables té con leche y pastelitos de membrillo, por haber enmudecido sus 'te quiero', sus '*szeretlek*', por no haberle traído más rosas para el florero del comedor.

Deseó poder tomar con ella un último té y debatirse en una partida de chinchón que no terminase nunca, para seguir escuchando las historias familiares, para no perderla nuevamente, sino recuperar el tiempo perdido. Guiada por el recuerdo, se dirigió al aparador del comedor, tomó del cajón el mazo de naipes y se sentó a la mesa. En el florero aún había dos rosas marchitas. Barajó los naipes y los repartió para una última partida. Apretándolos contra su pecho, contempló con una sonrisa triste el espacio vacío frente a ella, al otro lado de la mesa. "*Tu turno, abu*".

En ese momento, volvió a su mente la idea que había tenido de niña, de vivir en esa casona, y comprendió que no podía dejar pasar esa oportunidad. Decidió que dejaría atrás la vida monótona de la ciudad, y se mudaría a su nuevo hogar. Cortó dos rosas del jardín y las colocó en el florero sobre la mesa del comedor. "*Te traje las rosas más lindas que encontré en tu jardín. Vuelvo pronto, abuela*", dijo Julia con una sonrisa, y cerró tras de sí la puerta polvorienta.